



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50,
Número suelto 4 rs.

NUM. 242.—SÁBADO 15 DE OCTUBRE DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60,
Ultramar y extranjero: Año 80.

IGLESIA DE SAN FELIPE DE ROULE.

La iglesia de San Felipe, que tiene para los españoles el interés de haber sido el templo donde estuvieron depositados los restos mortales de los señores D. Leandro Fernández Moratín y D. Juan Donoso Cortés, esperando su traslación á esta corte, es un bello edificio situado en el barrio de Roule. Su construcción es del año 1769, año célebre para la Francia por ser en él cuando vieron la luz del mundo Napoleón y muchos mariscales del imperio. La fachada de San Felipe es sencilla y de elegante construcción, y el buen gusto que reina en todo el edificio le coloca acaso de los primeros, artísticamente considerados, entre los muchos monumentos religiosos de segundo orden que hay en París. Las cuatro elegantes columnas que decoran el frontis dan mucho realce al edificio, que unido á lo demás de la fachada, parece que quiere imitar el sistema arquitectónico de la iglesia de la Magdalena. Tiene por delante una verja de hierro que lo separa de una plazuela bastante espaciosa, y que hace resaltar mas el elegante pórtico de San Felipe.

BOGETOS PARISIENSES.

CUADROS FISIOLÓGICOS QUE COMPRENDEN CIERTA CLASE DE ANIMALES RAROS NO CLASIFICADOS HASTA HOY, AUNQUE PERTENECEN Á LA HISTORIA NATURAL DEL GÉNERO HUMANO.

III.

LA LIONA (Le Lionne).

Personas habrá que pongan el grito en el cielo asegurando que la Liona deja el mulido lecho al oír la última campaña de las doce en la iglesia de *Notre-Dame-de-Lorette*; almuerza racahout de los árabes, lee el *Charivari* y algunos periódicos políticos mas graves, y se recuesta sobre un diván para esperar en seguida á sus numerosos adoradores y sus no menos numerosas amigas; que á las tres la anuncian que el coche está á la puerta, deja tres ó cuatro billetes amorosos muy perfumados á la criada, y se va á dar un paseo por el bosque de Boulogne; que en invierno permanece junto á la chimenea, despacha su audiencia y lee á Manon Lescaut ó alguna de las últimas novelas de Paul de Kock ó recorre los almacenes, y que por la noche va á la ópera en carruaje; concluyendo con que este tipo tiene por propiedades únicas, unas cuantas prendas, algunos vestidos de seda, un perro, varios amantes y ciento cincuenta mil libras de renta.

—¡Ah, la Liona! esclama otro, está Vd. muy equivocado, amigo mío, ni la comprende Vd. ni la sabe explicar: la Liona no se levanta; recibe por la mañana en la cama, después de haber almorzado un par de suculentas costillas de ternera, dos huevos estrellados y una taza de té con bizcochos de Reims; á las tres no pone carruaje, sino monta á caballo, con el magnífico y económico traje de amazona; come en la *Taverne anglaise* de la calle de *Richelieu* ó de la *Chaussée d'Antin* y por la noche se instala en un *avant-scène* del teatro del *Gymnase* ó en el Circo de Napoleón, llevando en la mano un ramo de camelias; jamás ha leído un periódico ni una novela; tiene dos amantes, ninguna alimaña que pueda calificarse con el nombre de perro, y su marido le ha asegurado para afileres una renta de cuarenta mil francos y pax Christi.

—No señor! qué disparate! Eso es pintar como averer, añadir un tercero; la Liona no es casada; tiene mas aversión á la sagrada coyunda que á un dolor de muelas; encuentra idealismo y poesía en la unidad personal; se levanta y se acuesta cuando y como lo tiene por conveniente: habita un cuarto ó quinto piso esterior en la calle de la *Bourse* ó de la *Rochefoucauld*; tiene adornado con tiestos de flores los dos balcones; para almorzar, comer y otros actos demasiado prosaicos de la vida, ni tiene hora ni lugar fijo; se la vé á pié, á caballo y en coche accidentalmente tambien; pero el verdadero trono de esas elegantes, como si dijéramos, la concha de la ostra, está en las tertulias de gran trono, en los bailes de los ministros y del emperador; de modo que para vérsela de cerca y estudiar sus rasgos característicos, mas que al *Gymnase* ó á la Academia Francesa, mas que á la Ópera ó al Hipódromo,

hay que correr al *Hotel de Ville* ó al palacio de las Tullerías, cuando hay bailes de corte y se logra un billete.

— Quien desbarra es Vd., interrumpirá otro; en ese retrato mas halló á la Loreta que á la Liona: se conoce que es Vd. poco observador. La Liona es otra cosa muy distinta; es una mujer de buen tono y mejores maneras, que viste no siguiendo la moda, sino estableciéndola; siempre de punta en blanco, se la ve prodigar la coquetería en su vida interior y pública; pasa sus privaciones y sus goces como cada *quisque*; pero hasta en las grandes crisis á cuyo encuentro salen siempre á los protectores ó el *Mont de Piété*, en su casa respira opulencia y gusto; cuando no es época de flores naturales, embalsama su estancia con pastillas del serrallo; la que no tiene mas que un amante, está persuadida que no es coqueta; la que cuenta mas de tres adoradores, cree que comienza á serlo: mariposa del jardín que se llama París, vuela por todas partes á tontas y á locas, y se posa en los teatros ó paseos, en *Mabille* ó *Chateau des fleurs*, en *Valentino*, ó *Paganini*, bailes públicos donde va á lucir sus galas.

Hasta aquí los que se hayan propuesto semejante discusión, han dicho algo de lo que comprende á nuestro tipo, pero muy en bosquejo; nosotros seremos mas explicitos, y daremos mas estensos detalles físicos y morales, que la representen al natural; que la descubran tal como es, ya se la vea confundida entre la muchedumbre que recorre los salones de la emperatriz, ó ayudando á avivar la lumbre en la buhardilla de la griseta.

Mucho sentimentalismo en la fisonomía, merced á lo bien combinado del colorete con el blanquillo; peinado escrupulosamente hecho, en el que no hay un solo cabello que no esté artísticamente colocado en su puesto, con arreglo á las órdenes de su jefe, por otro nombre peluquero; frente, que revela mas tristeza que un mausoleo; ojo listo, bien educado en los movimientos convencionales, para que sepa ocultar á la mirada mas perspicaz las emociones que pasan por el individuo; mucho arte en los adornos y en la movilidad; lengua procaz con un tanto de chispa y repulgos de pispereta; muchos volantes en el vestido y en la manteleta ó *par-desus*; botines nuevos con el tacon pintado de color de carmin y una sombrilla ó manguito segun la estacion; esta es la liona.

Libre como el viento, mas voluble que las veletas en las torres, versátil como la mariposa, delicada como la sensitiva.

Ella quiere demasiado á los hombres en general para decidirse por ninguno en particular; por lo que solo es consecuente con el ángel invisible de sus sueños, don DINERO.

Su vida es el compasado movimiento de una péndola entre una sonrisa y una lágrima; un ómnibus de los que presentan á su entrada el gallardete en que se lee *complet*, completo, y que vaga al acaso por los parajes mas céntricos y aristocráticos de París; un cabriolé tomado por horas que rueda sobre el pavimento del país de las quimeras; un wagon de gran celeridad, viajando por el camino de hierro de la esperanza; ¡camino de hierro cuyos accidentes, los desenganos, son incalculables!



Iglesia de San Felipe de Roule.

Cuando se presenta á pié en los Campos Eliseos, en el Jardin de Plantas, ó en las Tullerías, no puede andar diez pasos sin devolver un saludo: este movimiento siempre es artístico; acompaña una sonrisa al parecer tan púdica, tan inocente como la de un niño. Va siempre mirando, observando, examinando, analizando, estudiando; preocupada una idea fija, el oro; las piezas acuñadas son su pesadilla; por eso no ama, sino escoge amantes. Comprende el comercio de las caricias como una venganza; sabe muy bien que el amor en París es mera curiosidad, por lo que á cada instante necesita de nuevo alimento.

Si la *petite poste*, el correo interior de París, no existiese aun, la liona se habría visto en la indispensable necesidad de crearla.

Entre las 49,753 cartas que día por día conducen los ómnibus bajo la salvaguardia del cartero, cuéntanse por lo menos 8,999 epístolas de Lionas.

De las 8,999 misivas no obstante que hayan sido escritas en papel satinado y perfumado, 3,940 resultan devueltas, bien por causa de partida, perjurio ó falta de metálico.

Las 8,999 cartas con el sobre aparte, consumen sobre seis ó siete mil pliegos de papel de forma ordinaria y sin comprender el lacre, 8,999 obleas, las cuales antes de prestar las funciones para que han sido fabricadas, pasan por los frescos, rosados y húmedos labios de la Liona.

La gran familia de la Liona admite una gran división en su género:

- 1.º La Liona bajo la patria potestad.
- 2.º La Liona emancipada.
- 3.º La Liona plebeya.
- 4.º La Liona con abuelos.
- 5.º La Liona con primos ó parientes anónimos.
- 6.º La Liona exótica.

LA LIONA BAJO LA PATRIA POTESTAD no tiene voluntad propia; tiene siempre que jugar al escondite y encandilar los ojos de los Argos; el autor de sus días suele ser algún antiguo zapatero que continúa en el libre ejercicio de su arte dentro de casa, dividiendo su admiración entre la obra de cuero y la de carne; mejor dicho, fracciona su entusiasmo en dos partes iguales, la que le arrebatan los zapatos que salen de sus manos, y la que concede á los encantos que va desenvolviendo su hija.

Si en el mobiliario paternal hay alguna escudriña con asa, la Liona es quien hace uso de ella; en cuanto al padre ó la madre, estos toman el café en un jarro de calentar agua. El medio pollo que por extraordinario sirve de plato en la comida del domingo, no teniendo mas que una ala, claro es que esa parte debe aceptarla la Liona; si ella lo rehusase, la maldición paternal le caería encima de medio á medio.

Cuando estas Lionas estrenan un vestido nuevo, los padres lloran de alegría y suplican encarecidamente al hijo ó sobrina del casero que acompañen á su hija al teatro. El padre se va á ocultar entre las *claqueurs*—aplaudidores— y disimula su derecho de propiedad, temeroso de que el nombre del autor destruya la fascinación que debe provocar la obra.

En una de las tardes en día festivo, ó lunes, celebración del San Crispin, en que el padre ha ido á tomar una ración de aire perfumado con el vinillo de 8 sueldos el litro por los *boulevares* exteriores, luego que vuelve á casa suele decirle el portero:

—Vuestra esposa ó hija no estan.

—Cuando volverán?

—No vuelven esta noche.

—¡Ah!... ¿Han dejado la llave?

—¡Dejarla? Yo lo creo!

—Me voy á acostar.

—¿Dónde?

—En mi cama.

—No hay cama, vuestra esposa y vuestra hija se han mudado y se han llevado los muebles.

—¿Han dejado las señas de la nueva casa?

—Sí; me han encargado que os diga que viven en el número 23.

—¿Qué calle?

—No sé.

—Muchas gracias.

Un príncipe mas ó menos turco habia manifestado el deseo de hablar de la cuestion de Oriente y la Rusia con la muchacha; la ha querido descubrir el misterio del baile de las mesas; la madre ha juzgado oportuno no recibir la testa coronada en una habitación donde se hacen vestidos para los piés humanos, y hé aquí, carísimo lector, el motivo de la repentina traslación de penates. Cuando mi hija sea sultana, dice *in pectore* la mamá, reinstalaré al jefe de la familia en el hogar doméstico de donde ha sido momentáneamente espulsado por oler á jerote.

LA LIONA EMANCIPADA ofrece rasgos tan originales, que por respeto á la moral les pasamos en silencio, y solo advertimos al curioso lector que si quiere conocerla se vaya á París por un par de años y se quedará estupefacto; en cuanto á lo demás, siempre podremos asegurar que la comprenden las generales de la ley.

LA LIONA PLEBEYA es la especie mas comun de las Lionas. Debe á ella misma su transformación; ha aprendido, se ignora donde, á llevar un *chal* de cachemira falsificado; está orgullosa siempre que puede imitar con el vestido un globo en el momento de disponerse para la ascension: cree de buena fé que la Francia no consta sino de dos departamentos, Bourgogne y Champagne. En su lenguaje ordinario, hay una partícula que desempeña un importante papel para ella: esta es la partícula *se*; es el enigma de toda su vida, cuando pretende que su vida sea misteriosa.

Se trata de cierto paseo al bosque de Boulogne. Si se supiera que yo iba en casa de Vd. se pondría muy furioso. Se me ha dicho ayer que si no venian á busarme para comer en casa de Vachette, se me esperaría á las ocho en el pasaje de los Panoramas. Si se le llegara á ver á Vd. conmigo en el Gymnasse, habria marimorona. Lionas hay que delante de un tercero no se han atrevido nunca á pronunciar el nombre que ocultan bajo ese misterioso monosílabo.

LA LIONA CON ABUELOS se ha educado decentemente para no permitir que se la denomine como víctima de un rapto, hasta que ha sufrido todos los exámenes de sintaxis y se ha llevado un par de premios por su aplicacion. En sus relaciones

habituales clasifica los objetos con nombres distintos del lenguaje comun y á su manera. Si Vd. se llama Felix, ella le nombrará *Saint-Felix*; si Vd. firma una carta, Durand, Hotel de París, ella al contestar pondrá «Mr. Durand en su Hotel.» Los abuelos de esta clase de Lionas se hallan á docenas en cuantos baratillos ó almacenes de *brie á brac* existen. Prefieren el retrato de algún viejo golilla, y dan mas á placer un Luis de oro por un abuelo vestido con uniforme y peluca empolvada, que cinco francos por un abuelo que vista siguiendo los usos del día.

La Liona con abuelos ha nacido artista y da lecciones de piano á franco por leccion. Se ofrece tambien en el periódico *Petites Affiches* á viajar con una familia inglesa que la acepte.

LA LIONA CON PRIMOS Ó PARIENTES ANÓNIMOS, es un tipo que tiende á generalizarse. Mas de dos mil hay que aseguran que son primas ó sobrinas de coroneles de ejército, de obispos en América, de condes polacos ó marqueses italianos; y no revelan su nombre patronímico porque han jurado el silencio y el misterio sobre la tumba de santa Genoveva: para ocultarlo mas, lo van cambiando, unas segun cambian de barrio, otras de amante, otras de criadas, y otras de camisa.

LA LIONA EXÓTICA. Bajo esta denominacion se encuentra una gran familia del género, las unas belgas, otras rusas, españolas, italianas, alemanas y de las demas distintas naciones del globo terráqueo; todas vienen á inscribirse en la gran matricula de París para elevarse á ese rango social; los principales síntomas que indican que esa enfermedad se ha apoderado del cerebro de la extranjera y que tiene vocacion de Liona son:

- 1.º Avidéz de dinero.
- 2.º Pretension de dinero.
- 3.º Busca de dinero.
- 4.º Falta de dinero.
- 5.º Urgencia de dinero.
- 6.º Dinero, dinero y dinero.

Por supuesto no se ha dado nunca el caso de ver una Liona que haya despuntado una aguja; sus dedos son muy finos para que esos instrumentos les piquen; el trabajo es cosa muy plebeya; para eso existen mulos, bueyes, borricos y otras sabandijas que se enorgullecen con el título de hombres; por esto es que con muy contada excepcion, la que no muere en una buhardilla asfixiada ó de otra manera trágica, se despidе de la vida en una de las camas de la Salpetriere ó del

HOTEL-DIEU.

IV.

EL COCODRILO (Le Crocodile).

Una de las cosas mas difíciles, es definir las cosas.

Definir es explicar.

Explicar es presentar el objeto tal como es.

Presentar el objeto tal como es, es pintar al daguerreotipo. Buffon ha definido, explicado y pintado los animales; pero el daguerreotipo existia en los átomos que luego constituyeron un ser bipedo que se llamó *DAGUERRE*, y dió nombre á su invento: esos átomos, desde el último de los seis días en que se tendió á la bartola el creador despues de haber hecho el valle de lágrimas, que reconocemos bajo el nombre colectivo de mundo, corrian á su antojo y sin asiento fijo por el espacio. Buffon sacudió el sueño de la nada, sin que se le viniera á las mentes el mas insignificante de esos átomos; *ergo consecuencia*, Buffon al escribir su historia natural del reino zoológico, no pudo pintar al daguerreotipo; luego ha cometido faltas; las faltas suponen torpezas, las torpezas errores, y los errores barbaridades; por consecuencia, nada tiene de extraño que tales barbaridades puedan colocarse en las de padre y muy señor mio, y que yo, humilde sucesor de la generacion y familia á que ha pertenecido ese caballero, que en paz descanse, se me antoje y diga á grandes gritos con toda la fuerza de mis pulmones: «Buffon con todos sus volúmenes y el volumen de su humanidad es y ha sido un petate en acahuales de definiciones.» Y como no hay mas que creer ó reventar, en casos de esta naturaleza, aconsejo al que tenga la menor duda sobre mis aserciones, que se tome el trabajo de hojear las obras de Buffon y leer el artículo *COCODRILO*, y que compare con la explicacion que yo doy de este animal *in plume*, en la inteligencia que siempre que se parezcan entre sí las definiciones, explicaciones ó pinturas, permito de buen grado que me atenaceen en los infiernos por todos los siglos de los siglos, amen.

Digo yo hablando del citado animal:—«*COCODRILO*, bicho parisiense, aunque de raza anti y post-diluviana; suele hallarse en todos los rincones del globo; pájaro de mal agüero, tan inclinado á visitar las comilonas y toda especie de *gaudeamus*, como los buhos las lámparas de las iglesias; vive con los de su especie, la familia de Adán, y tiene una tendencia extraordinaria á la sociabilidad; hállase en los banquetes, matrimonios con refrigerios en que corra el vinillo y se corten jamones en dulce ó otras frioleras culinarias, holgorios de bautizos y mesas redondas, especialmente si la comida es opípara, ocupa siempre su puesto, trinchante en mano; suele á veces reñir por colocarse de cabecera en los festines para ser el único en los repartos, y entonces observa escrupulosamente el dicho vulgar:

«El que parte y que reparte
y en el partir tiene tino,
siempre deja atento y fino
para sí la mejor parte.»

Generalmente vive por comer, si bien almuerza cuando puede ó le viene á mano; en la naturaleza no halla espectáculo tan admirable como una cocina en ejercicio: en ciertos pueblos suele calificarse á este tipo con el nombre genérico de *GASTRÓNOMO*, no obstante que algunos que la echan de hombres de chispa suelen llamarlos tragabalas, hombres-estómagos, voraces ambulantes, baules sin fondo, balenatos, etc., etc.; pero el mas propio con arreglo al diccionario nacional francés, es *COCODRILO*, nombre que nosotros aceptamos, porque como escribimos en la tierra de los

Galos, bueno es que demos esta muestra de respeto al patrio pensamiento al acostarse es echarle una ojeada al vientre; si está redondo, exclama: ¡*Vive la charle!* si la dérmis aun puede sufrir mas elasticidad, porque el estómago no ha recibido la dosis que él quisiera; si todos sus tejidos no se hallan en el estado de tension que la cuerda de un saltimbanquis, se amargura: ¡Mala va la danza!...

Y en efecto, para un gastrónomo, acostarse en ayunas es mas doloroso;

Que á un marido encontrar infraganti á su costilla.

Que á un perro que le aten una vega en el rabo.

Que á un ciudadano si le llaman fraile.

Que á una *grissete* con las meoias agujereadas si le sorprende un chaparron en los *boulevards*.

Que á un *lion* en los Campos-Eliseos si se le acerca la pantera, le invita á sentarse, y los *sueños*... aun estan en la fábrica de monedas.

Que á un quidam tropezar con un acreedor.

El *crocodile*, ó gastrónomo *s'il vous plait*, es un hombre eminentemente ocupado en resolver el problema de su conservacion. Conoce clara y distintamente las cuatro estaciones del año por los productos de la tierra, que si no le sirven suele exigir: es perito por excelencia en materia de frutos mas ó menos sazonados: si se le lleva á un huerto, no hay que dudar en que elegirá de un manzano la mejor manzana, de un peral la mejor pera, de un melonar, el mas rico melon. A buen seguro que como pase por la tienda de naranjas que está contigua al Teatro del Gymnasse y quiera tomar una de tres sueldos, se le escape la mas dulce y jugosa; sus manos son ya una balanza de primera clase, y sabe á punto fijo cual pesa mas: sus ojos penetran como el microscopio de mas poder á través de la cáscara en las celulillas de los gajos, y sin equivocarse distingue en una simple mirada sobre un centenar de naranjas cual es mas fresca, la que está seca, la que tiene propiedades azucarinas en mayor cantidad: y esta cualidad de observacion, cualidad la mas desarrollada en su cerebro, la aplica á cuanto puede ceder en pro ó en daño de su individuo: hé aquí por qué el gastrónomo es el animal mas egoista de cuantos existen en la naturaleza.

No hay *cicerone* mas recomendable para el recién venido á París que un *crocodile*. Bien se le pueden abonar diez francos diarios, porque los merece mejor que una paliza el hombre que hace piruetas en un teatro á pretexto de estar ajustado como bailarín; familiarizado con todo lo *confortable* para la vida, es un archivo en persona, que puede y tiene hasta placer en indicar todos los cafés, fondas y demás establecimientos en que pueden cubrirse mejor y mas á satisfaccion todas las necesidades; es el primero en saber cuando las empresas de caminos de hierro establecen *trenes de plaisir*, esto es, viajes baratos, para cu lesquiera de los puertos de mar ó de los lugares en que hay fiestas ó temporadas de baños; conoce los sitios de todos los teatros en que se puede ir con mas comodidad y mas baratura; pero en lo que descuella, en lo que raya mas alto, en lo que no tiene rival como hombre de ciencia y conciencia, es en el arte culinario y en los placeres de la mesa.

Desde el *restaurant* en que se almuerza por diez sueldos y se come por quince, hasta los de *Very, Trois Frères, Provenceaux, Maison d'Or, Tavernes Anglaises*, en que «*carra canta*» esto es, en los que cada plato tiene su precio y no puede nadie atreverse á penetrar con intento de hacer un almuerzo, comida ó cena medio decente si no lleva un par de luises de oro disponibles, el *cocodrilo*, con la mas exacta precision, sabe mejor que el Padre nuestro, dónde, cómo, á qué hora y con qué ventajas puede el ciudadano tomar un *piccolavis* suculento y barato.

No será extraño que propongan á los aparecidos del otro lado del Bidasoa, sobre todo si vienen mas enjutos de bolsillo que de cuerpo, la *table d'hote* de M. Husé en el núm. 24 de la *Gran Rue de Batignolles*, porque allí se logra un almuerzo de dos platos, un postre y media botella de vino ordinario por catorce sueldos, y la comida á las seis de la tarde empezando por una sopa bien condimentada, con acompañamiento de zanahorias y otras legumbres, manteca de vaca y rabanitos, á lo que se sucede el *bouillie*, carne de vaca cocida, un plato de patatas fritas, otro de judías cocidas, un asado, la ensalada, dos postres y una botella de vino, mediante el desembolso de veintisiete sueldos por barba, y un sueldo á la criada que presenta el plato de limpia-dientes á los comensales.

El *cocodrilo* está muy familiarizado con todo género de comidas, y sabe de memoria todo el idioma especial que emplean los franceses para diferenciar los platos.

No hay (*carte*) lista de fonda que él no conozca á las mil maravillas, y cuya salsa no se le venga al paladar desde el instante en que toma posesion de una mesa y se le presenta el *garçon* preguntándole qué es lo que quiere.

Antes del apóstrofe, la respuesta pudiera leerse en la vista.

En la época pasada del imperio, y hasta muy entrada en años la de la restauracion, al *cocodrilo* se le conocia con el nombre de *Pique-Assiette*; como el uso y el abuso influyen en la corrupcion de las palabras, y la moda tambien tiene un poder muy directo sobre los movimientos labiales y las emisiones de voz, hé aquí que el mundo *fashionable*, cediendo al espíritu de novelaria que reina en la capital de la Francia, ha condenado al olvido el primer calificativo de los heliográficos, para sustituirle el que hoy está en boga, *crocodile*.

Esta clase de pajarracos es muy difícil de conocerla á primera vista entre la masa comun de la especie humana, como no se les vaya á encontrar *in fraganti delicto*, esto es, en el mero ejercicio de la gula. Suelen ser católicos, apóstólicos y romanos, pero *in nomine* respecto del ayuno y de los viernes de Cuaresma; ellos viven todo el año en lunes; y en cuanto al ayuno, como si no tuvieran los veintinueve años cumplidos, estan jubilados de semejantes privaciones, sin tomarse el trabajo de comprar la bula. La muy remendada de Meo no la admitirian como tuviesen que adquirirla por cuanto *vos contribuistis*.

¡Cuántas veces, teniendo que hacer el apunte de la ropa, ó que acusar á alguna prójima las señas de su casa, hallan en su bolsillo por único papel una lista de alguna comida ó cena, y á *fortiori* la aprovechan por el dorso, porque el anverso está escrito en forma de estado y dice lo siguiente:

	Fr.	Cent.
Pain (pan)	»	20
Potage (sopa)	»	40
Bœuf à la mode (vaca estofada)	1	15
Morue aux pommes (bacalao con patatas)	»	90
Une cotelette de mouton (una costilla de carnero)	1	»
Cervelle au naturel (sesos compuestos)	1	15
Un demi-poulet (medio pollo)	1	»
Carnad sauvage (pato salvaje)	1	30
Pieds de mouton à la maître d'hotel (patas de carnero con salsa)	1	»
Une pomme à la portugaise (una manzana en dulce)	»	40
Un mendiant (almendras, pasas, avellanas é higos)	»	30
Deux bouteilles de vin rouge (2 botellas de vino tinto)	1	25
Un demi-champagne (media botella de champagne)	3	»
	13	5

Todo troglodita, ó ballenato—como se le quiera llamar—tiene vocación á la vida frailesca, por cuanto á que ese estado favorece mas el ejercicio de las mandíbulas: la vida regala de los conventos les seduce; y si alguna ojeriza muestran al Papa, es porque no milita como ellos quisieran por la reposición de las órdenes monásticas.

Cuéntase que en cierto convento de Gerónimos se empezó á notar que los reverendos, entre quienes habia una media docena de cocodrilos, se iban disminuyendo á consecuencia de indigestiones é insultos apopléticos, en términos que llegó á sospecharse era epidémica la enfermedad. El padre guardian, temeroso que la orden se extinguiera, pues noche por noche amanecía uno de sus hermanos reventado, llamó á capítulo, y después de exhortar á los compañeros para que fuesen mas parcios en el comer, previno, como medida higiénica, que en lo sucesivo solo se diese en lugar de la libra de carne que se repartía por cabeza, y que era conocida con el nombre de *carnicera*, media libra en cada comida. Hizo al efecto un discurso muy elocuente, citando las víctimas que la orden tenia el dolor de lamentar por el desarreglo en que se vivía hasta entonces; los cocodrilos que reconocieron que el ataque era demasiado directo y que estaban ciertos de poseer un estómago á toda prueba, pusieron el grito en el cielo, y uno de ellos pidió la palabra para contestar al padre guardian. Todos guardaron el mas profundo silencio; y entonces aquel, después de echar una ojeada sobre sus hermanos, estableciendo la salvedad de que seria lacónico y expresivo, dijo: «Padre guardian, todo lo que su paternidad ha dicho es muy bueno; pero yo en nombre de mis hermanos propongo, que se nos siga pasando á *carnicera* por barba y caiga el que caiga».

Al cocodrilo le sucede muchas veces lo que al buen artillero; si este muere al pié del cañon, el otro cae el mejor dia bajo una mesa como herido por un rayo, y entrega la piel tan repentinamente, que por lo general muere ab intestato. Todas las enfermedades de este tipo son graves, porque reconocen por centro de padecimientos al estómago.

Es esencialmente de constitucion mas sólida que un peñasco: respira vida y vigor en todos sus menores movimientos; pero cuando el peso de los años le inclina la cerviz, el vientre que ha concluido la plenitud de su desarrollo, suele servirle de grande embarazo; en términos, que suda como un pollo, si necesita levantar la servilleta, ó recoger el sombrero cuando una ráfaga poco generosa tiene la ocurrencia de tropezar con él y llevarle por apéndice el peluquin.

A. A. DE ORIHUELA.

DE LA AMISTAD.

Amicitia, don du Ciel, plaisir des grandes ames: amitié, que les rois, ces illustres ingrats sont assez malheureux pour ne connaître pas.
Voltaire, HENRIADE.

La amistad era en cierto modo un punto de religion y de legislación para los griegos, que la hicieron servir á la defensa de la patria. Este lazo, mas bien que la disciplina, unió estrechamente á los trescientos jóvenes guerreros que componian la cohorte tebana, destruida por Filipo en la batalla de Queronea. La mitología, que encierra una profunda filosofía, nos presenta amistades tiernas y acendradas que han llegado hasta nosotros como en proverbio. La historia nos ofrece ejemplos memorables de una amistad constante y acrisolada. Hombres que han confesado crímenes horrendos que otro habia cometido, pereciendo por ellos en el patíbulo. Que han renunciado con la generosidad mas sublime á un amor ardiente y correspondido. Que padecieron los tormentos y martirios mas crueles. Que, en suma, han ejecutado rasgos de abnegación, de grandeza, de ferocidad, que no son comprendidos por almas vulgares y mezquinas.

La amistad es por lo comun tranquila, apacible: tiene cierta analogía con las embalsamadas y serenas mañanas de primavera; con las tardes alegres y deliciosas del estío; con las noches en que la luna derrama sobre el mundo un silencio solemne y una claridad opaca y amarillenta. Tiene tambien algo de la dulce melancolía del recuerdo que en nuestra mente escita la tierra natal, recuerdo que hacia esclamar á lord Byron:

Spot of my youth! whose hoary branches sigh swept by the breeze that fans thy cloudless sky.

En tanto que otras pasiones son agitadas y arrastradoras, los celos, la ambicion, la cólera, la venganza. Estas, cuando tienen rienda suelta, se espacian, se apoderan del corazon hasta dominarlo completamente, sin dar lugar á otro género de sentimiento. Mas si al principio se enfrenan y comprimen, aunque por un momento haya lucha, á poco triunfan la razon y la virtud. Así la fiera cogida en las selvas y que se ve entre cadenas, lanza bramidos horribles; pugna por destruir con sus garras los hierros que la aprisionan; forcejea por

abrirse paso en busca de su libertad, con un movimiento convulso, con unos ojos centelleantes, con una actitud amenazadora. Pero al fin, reconociendo su impotencia, calla, se detiene, se postra, adormece y reposa con aparente indiferencia.

En todas épocas ha habido amistades sinceras y notables, aun entre personas flumáticas: una de estas fué la de Montaigne con *La Boétie*.

Pensamientos de algunos escritores: «Llamo amigos á los que desean verme; que dispuestos á perdonar mis debilidades, á disimularlas á los ojos de otros, me tratan ausente, con consideraciones, y present: con franqueza: *Marmontel*.

—«Quiero á mis amigos que me quieren; á los que no se cuidan de mí, y á los que me detestan: *Chamfort*.

—«Amigos... ¡Oh! Si esta palabra tuviese realidad, bastaría para hacernos felices: *Cadalso*.

¡Idea terrible y desconsoladora! La sociedad está llena de amigos que nos sirven cuando pueden indemnizarse con usura. Ellos se acuerdan de nosotros, nos visitan y adulan cuando nos sonríe la prosperidad: si el infortunio nos persigue, entonces nos abandonan, teniendo aplicacion aquí aquel distico desgarrador de Ovidio:—*Dum fueris felix, etc.* Ellos nos llaman y engañan mientras podemos contribuir á sus designios y propósitos; después se desentienden de antecedentes y compromisos; realizándose la sentencia de Larrochefoucauld:—*la amistad es una sociedad en que el amor propio se propone siempre ganar.* Esos amigos que corren presurosos á recibir al héroe que hace su entrada en carroza de triunfo, rodeado de vitores y aclamaciones. Que felicitan y lisonjean al brillante orador que obtiene en la tribuna la palma de la elocuencia. Que forman cortejo á quien es halagado por el aura popular, ó la proteccion de un magnate, ó los caprichos de la fortuna. Esos amigos, cuyo pretendido afecto se entibia y destruye con la ausencia, y para quienes de nada valen los juegos de la infancia, las relaciones de país y de familia. Que por una palabra, un motivo insignificante, traspasan con la espada el pecho de la persona que debiera serles mas querida, prefiriendo á todo el vano título de un honor mal interpretado. Que desacreditan, vilipendian é insultan al que ven decaído y sin apoyo. En fin, esos amigos que se apresuran á gozar del banquete de nuestra felicidad, y que se alejan sin brindarnos con una mano salvadora cuando zozobramos entre las angustias del naufragio.

La sociedad pulula con estos llamados amigos para mengua y escarnio de nuestra especie. Y esto es así, entre otras razones, porque la sociedad entraña consigo un cáncer que la devora: la adulacion, simbolo y á la par profanado santuario, hedionda caverna de miserias infinitas. La adulacion que se despliega (ó despliega) á medida que se reconoce el vacío de las cualidades personales, y de ordinario incompatible con el verdadero mérito. La adulacion, medio el mas seguro y eficaz para obtener pingües destinos, envidiables posiciones y poderosa influencia. La adulacion, talento fecundo sin el cual poco se adelanta, á pesar de la virtud, del ingenio y de las prendas mas recomendables, y sin el cual presto nos abruman tristes lecciones y desengaños amargos. La adulacion, talisman que inocula ciencia, superioridad, prestigio. La adulacion, manto de impunidad de todos vicios, pasiones y delitos, especialmente en siglos corrompidos y naciones degeneradas. La adulacion, por último, que asemeja el hombre al asqueroso reptil que se oculta en el lecho de su bienhechor para luego herirle traídoramente.

Otra clase hay de amigos que se fingan tales para apoderarse de nosotros á mansalva y con pérfida hipocresía saciar sus instintos aviesos y malévolos. Estos son quizá mas temibles, porque se insinúan suavemente, nos flaman en sus demostraciones, y no procuramos huir de sus arterias infernales. La pantera hambrienta que se arroja sobre la presa, la arrebatada y desgarrada, prorumpiendo en espantosos ruidos, inspira menos horror que la serpiente que la fascina en silencio, la atrae con su mortífero magnetismo, la desangra paulatinamente. La enlaza con sus eslabonados repliegues, la siente palpar á sus aceradas mordeduras, y parece recrearse con los agudos dolores y con los impotentes esfuerzos de una prolongada agonía.

El hombre en la aurora de la vida ve por todas partes placeres, cariño, sueños dorados, esperanzas, ilusiones. Pronto esas esperanzas, esas ilusiones van desapareciendo, cual niebla que se disipa al aproximarse el sol; cual humo que se disuelve en los aires; cual hoj s marchitas y secas que caen del árbol en la estacion del otoño para ser esparcidas por el viento. En su lugar vienen á imperar la duda, la incertidumbre, la desconfianza, el sarcasmo, el escepticismo que consume la existencia y la trasforma en una muerte lenta y desesperada. El hombre mira en derredor y solo encuentra el desencanto, el desierto, el vacío, la nada... ¡Jóven iluso é inesperto! ¡Hermoso lirio que eleva la olorosa blancura de su cáliz immaculado, en medio del carnívoro estrago de un campo de batalla! Entonces llegado á ese periodo en que ya no es niño, ni aun viejo, un tanto parecido al Dios Término,—con la planta fija en el confin de dos heredades sin pertenecer á ninguna;—entonces nos dice con Zorrilla:

¡Bello es vivir! la vida es la armonía,
los peñascos, torrentes y cascadas,
un sol de fuego aluminando el dia,
aire de aromas, flores apiñadas.

Entonces recuerda aquellos sombríos versos del Dante en su infierno, del cual este mundo viene á ser una antecámara vastísima, desordenada, estrepitosa:

*Per me si va nella citta dolente,
Per si va nell' eterno dol re
per mi si va tra la perduta gente
Lascate ogni speranza, voi ch' entrate.*

Y sin embargo el hombre sin un amigo verdadero es un bajel sin timon; es un naufragio arrojado por la tempestad en una isla inhospitalaria. Pero ¿dónde estan esos amigos verdaderos que puedan ser confidentes de nuestras penas y amarguras; que puedan aplicarles un bálsamo consolador; que puedan secundar nuestros proyectos y cooperar á nuestra ventura? ¡Ah! Si á lo menos fuese cierto lo que dice Voltaire:—«Solo los virtuosos tienen amigos.» Tambien la virtud suele estar condenada al abandono, al retiro, á la oscuridad sin hallar un amigo en la sobrehaz de la tierra. Generalmente los virtuosos no saben adular. Tampoco la ciencia y el genio

son mas afortunados bajo este aspecto. El genio es recompensado frecuentemente con la persecucion y el martirio: su corona es adquirida en el destierro, los hospitales, calabozos, el caldoso: Cervantes, Camoëns, Tasso, Chenier, Silvio Pellico, y otros innumerables. Diderot decia á Rousseau cuando este le fué á visitarle á su encierro de Vincennes:—*Mirad cómo me quieren mis amigos.*

La amistad tiene que combatir con un formidable antagonista, la ingratitud. La ingratitud que es el carácter distintivo del hombre y de la humanidad. Delante de esa pasion maléfica henchida de *luzbólico* orgullo, la amistad se debilita, y desaparece cual ténue arista arrebatada por el huracan.

En medio de este tortuoso viaje de incierto rumbo, de azares, escollos y abismos sin cuento, que verificamos en el coreo trecho que media entre la cuna y el sepulcro; algo es poder conversar á solas con la conciencia pura é incensurable; algo, poder erguir la frente sin que la empañe ningun sello de infamia; algo, poder dirigir una mirada retrospectiva, y no tener de qué ruborizarse. Otra esperanza alienta á quien es víctima de la amistad por su parte jamás desmentida. Si el destino, la suerte, la providencia, ó ese *quid* superior á todos cálculos y combinaciones, le conduce á sitio en que le sea posible hablar *alto* y *claro*, será la hora oportuna para saber cual ha procedido con dignidad y nobleza, cual ha *rompido* sus relaciones y compromisos, quien tiene derecho de llamar á quien desagrado es ingrato. Si, por el contrario, ese mismo *quid* dispone que el amigo ultrajado yazga en el retraimiento y la nulidad, y que sin ninguna satisfaccion ni consuelo sufra como Prometeo, esperando á la par que un nuevo Hércules destruya la cadena que le ahorraja, por mas que sea difícil haya Hércules en esta era de pigmeos; si tal sucede, le resta conformarse repitiendo la máxima de Chateaubriand: *Poco se necesita para pasar la vida, y debiendo ser esta tan breve, es indiferente encantar los bosques con los suspiros de una flauta, ó aterrar los pueblos con el estampido del cañon.*

Barcelona, setiembre 20 de 1853.

ANTOLIN ESPERON.

FAMILIA DE ABD-EL-KADER.

El grabado que presentamos á nuestros lectores en la plana cuarta representa la familia de Abd-el-Kader. En Paris han podido observarse las misteriosas mujeres que hasta aquí habian permanecido invisibles para todo el mundo.

La familia se compone de Lalla Zohra, madre del Emir, de sus tres mujeres con cuatro niños, una negra y la antigua nodriza del Emir. Las tres mujeres son de una hermosura extraordinaria, y aunque en sus semblantes se halla impresa la huella del sufrimiento, resalta sin embargo en tal grado la belleza del tipo árabe, que con razon son consideradas como hermosuras de primer orden.—Lalla Zohra, madre del Emir, revela en su semblante esa grave majestad propia de su rango y alto nacimiento. El traje que usan no es á propósito para lucir la gentileza y flexibilidad de sus talles; pero en cambio sus grandes y negros ojos resaltan con un brillo extraordinario sobre su blanco ofis; sus miradas abrasan como el sol de su país, y el que tenga bastante sangre fria para contemplarlas sereno durante unos momentos, no echa de ver que sus talles no se hallan oprimidos por un corsé como los de las europeas. Esta familia, que en 1848 se hallaba en Paris, marchó con Abd-el-Kader luego que este adquirió la libertad.

FÁBRICA DE TINTA DE IMPRIMIR, DE MR. LAWSON Y COMPAÑIA EN PARÍS.

La vista de esta magnífica fábrica, que ofrecemos en el presente número, es una prueba del desarrollo que la imprenta ha tenido en el extranjero en los últimos años. Cuando una primera materia ha dado motivo para que Mr. Lawson, después de establecer una fábrica de ella en Londres, funde otra en Paris, y otra tan vasta como la que representa la lámina, no es difícil apreciar el consumo y los productos enormes del arte tipográfico en el extranjero. La fábrica de monsieur Lawson no solo surte las fuertes imprentas de Londres y Paris, sino que esporta su mercancía para Alemania é Italia, y de algun tiempo á esta parte tambien la tinta de monsieur Lawson viene á España, para las publicaciones de nuestro establecimiento. Acaso otro dia, con mas espacio, describiremos esta curiosísima fábrica, cuyos productos son muy apreciados en toda Europa.

LA POSADA DE LA MADONA.

(Conclusion.)

En cuanto al tercer personaje, el que marchaba á cinco ó seis pasos detrás de los otros, nada puede imaginarse mas grotesco que su cara y figura.

Su rostro estaba pálido como el de un hombre que recibe un gran susto; vacilaba continuamente sobre su silla, á pesar de que se agarraba al pomo con manos crispadas, y á cada movimiento de la mula, él daba un salto encima, seguido de una violenta oscilacion hácia atrás ó hácia adelante.

Sus piés largos y aplastados, calzados con zapatones mal limpios, entraban hasta el tobillo en los estribos.

Además, su sombrero colgaba sobre sus hombros, sostenido á su cuello por una barbada de cuero.

Los dos ginetes primeros se pararon al llegar á la puerta de la posada.

La mula del que iba detrás, guiada por un instinto de imitacion, se paró igualmente, y esta brusca transicion del movimiento á una inmovilidad absoluta, hizo que el ginete perdiera el poco equilibrio que le sostenia en la silla, y cayó hácia adelante á caballo sobre las riendas.

En cuanto se puso derecho, y despues que, habiendo palpado todas las partes de su persona, se aseguró de su estado de perfecta conservacion, su fisonomía se modificó enteramente, y dejó su expresion temerosa y desoladora para tomar un aire de satisfaccion y de buena opinion de sí mismo, que parecia ser en él la expresion ordinaria.

Zanetto, con el sombrero en la mano, esperaba delante de su puerta asomando á los labios esa sonrisa graciosa, familiar á los posaderos que desean enganchar gente.

—Eh, posadero! dijo el hombre gordo, el del sombrero de paja, venid un poco por aquí á tenerme el estribo para apearme.

Zanetto corrió con una afabilidad servil de las menos simuladas.

El viajero largo y delgado se había apeado de su mula con un ademán grave y solemne.

En cuanto al tercero, ya sabemos que le costó poco trabajo el apearse.

Zanetto y Carlos se llevaron las mulas bajo un cobertizo que servía de cuadra.

—¡Eh posadera! traemos hambre, repuso el gordo dirigiéndose á Gelmosina, á quien cogió la barba con aire medio paternal y medio picaresco, y si teneis en el alma, como no lo dudo al ver esos ojos, algunos sentimientos caritativos y cristianos, no perdereis un minuto en disponer la cena, pues venimos de Vergato, no hemos comido nada desde Marenna, y de Marenna aquí, ¡por Baco! os respondo que hay un buen trozo de camino.

—¿Y qué quieren comer vuestras mercedes? preguntó Gelmosina.

III.

LAS NOTICIAS.

No tardó la cena en estar servida en una pequeña pieza que servía de comedor.

Los platos eran de loza ordinaria, y los cubiertos de estaño; pero el mantel blanco como la nieve, y los tallarines cocidos, y las gachas perfectamente sazonadas, abrian hasta lo sumo el apetito.

Gelmosina preparaba los manjares y los servía Zanetto.

Los dos personajes principales, esto es, el enorme Badolfo y el escualido Giacomo se sentaron á la cabecera de la mesa.

Leporello tomó asiento un poco mas abajo.

Al principio de la comida, los tres convidados estaban taciturnos, y comían como personas que tienen que reparar los estragos de una larga dieta.

Solo se oía el choque de los platos y tenedores, el ruido de las mandíbulas que llenaban sus funciones con el mayor ardor, y el sonido de los vasos que se alzaban llenos de la mesa y bajaban vacíos.

Por fin el primer apetito se apaciguó.

Badolfo se hizo un poco hácia atrás con su silla, llenó su

En la época en que pasan los hechos que vamos á contar, la Italia era por excelencia el país clásico de los ladrones.

No había territorio en el Milanesado, en los Estados de Venecia, ó en los del Papa, que no se hallase infestado de salteadores dependientes todos de una banda que vivía de robos y asesinatos en los caminos.

La parte de los Apeninos en que hemos colocado la escena de nuestra narración, servía de asilo en la época de que hablamos á una cuadrilla de bandidos de grande audacia y ror extraordinario, el famoso Jacopo.

El espanto que infundía el nombre de Jacopo, era tanto mas profundo, cuanto que el ladrón se hallaba en un impenetrable misterio.

Nadie le conocía personalmente, ni tampoco á ninguno de su familia.

Los que habían sido robados por Jacopo y su cuadrilla no estaban acordes en las señales que daban de él: según los unos era grande, y según los otros era pequeño.

Sin embargo, todos estaban contestes en asegurar que su rostro era negro como la boca del infierno.

¿Jacopo era realmente negro ó se debía considerar como un disfraz esa tinta sombría?

Esto es lo que ignoraban todos.



Familia de Abd-el-Kader.

—Lo mejor que haya en la posada; con tal de que sea bueno, es lo único que pedimos.

—¿Se acostarán aquí vuestras mercedes?

—¡Santa María! ¡dónde hemos de ir á acostarnos si no es aquí! ¿Creeis que podríamos dormir en esas peñas? Por mal que estemos en la posada, siempre estaremos mejor que al aire libre.

Y el gordo añadió volviéndose á su compañero:

—¿No es verdad, Giacomo?

—¡Bene! ¡bene! ¡optimo! respondió pretenciosamente Giacomo.

—¿Y qué piensas tú de nuestro viaje, Leporello? preguntó el obeso á su tercer compañero.

—A fé mia, señor Badolfo, respondió el personaje interpelado, pienso que preferiría hallarme á estas horas en mi bonita casa de Vergato, y que el banco pintado de verde que está á mi puerta, me parece infinitamente superior á la maldita silla de vuestra condenada mula; pero en fin, puesto que nos hallamos aquí y debemos permanecer en estos malos sitios, pienso que el aire de la montaña abre un apetito extraordinario, y declaro que aguardo con impaciencia el momento de sentarme á la mesa.

—Eso se llama hablar, Leporello! ¡eres un hombre de provecho! Pero entremos en la casa para que saquen la comida cuanto antes.

Y sin parar su atención en el mágico panorama que tenían delante, nuestros tres viajeros entraron en la posada.

vaso hasta el borde de un vino de Montefiascone bastante bueno, y dijo:

—¡Eh! posadero!

El posadero acudió al punto.

—¿Cómo os llamais, amigo mio?

—Zanetto, para serviros.

—Pues bien, voy á dirigiros algunas preguntas.

—¿A mí?

—Sí, preguntas á las que debeis responder bien, en interés de la justicia.

—¿Vuestra merced es podestá?

—No, soy simplemente uno de los empleados superiores de la policía del reino; el señor Giacomo que está aquí es mi compañero, y Leporello, el de mas allá, es mi secretario.

Y al decir esto Badolfo designaba con el dedo á los dos individuos que acababa de nombrar.

Zanetto se inclinó con respeto.

—¿Cómo, preguntó, puedo yo decir alguna cosa que ofrezca un interés cualquiera á la policía en general, y en particular á vuestras mercedes?

—Se trata del bandido Jacopo.

—¡Ah! ah! exclamó el posadero.

Y su fisonomía tomó al instante una expresión indefinible.

Para la completa inteligencia de los acontecimientos que van á seguir aquí, debemos principiar por algunos pormenores indispensables.

Muchos pretendían que Jacopo no era mas que un demonio revestido de forma humana para hacer daño en el mundo, y que cambiaba á su gusto de figura.

Esta opinión se hallaba tan acreditada que nadie la contradecía.

Más de uno de los habitantes del valle y de la montaña habían cargado sus largas carabinas y se habían reunido para tratar de descubrir la guarida de Jacopo y atacarle en ella como á una fiera.

Pero jamás habían podido verle las uñas. Habriase dicho que en medio de ellos había un espía que los delataba al bandido, con tiempo suficiente para que este pudiera burlar todos sus planes.

En tal estado se hallaban las cosas.

Ahora vamos á seguir la relación establecida entre el posadero y el señor Badolfo, el agente de policía.

—¿Sin duda habeis oído hablar de Jacopo? preguntó este último.

—¡Ay! exclamó Zanetto cruzando las manos, ¡me preguntais si he oído hablar de él! Ya lo creo! y bien lo siento.

—¿Os ha causado algun perjuicio?

—Me ha arruinado, ni mas ni menos.

—¿Cómo ha sido?

—Debo decir á vuestra merced que antiguamente tenía yo media docena de mulas que alquilar á los viajeros, lo que me producía mucho; pero ese picaro me las robó!

—Muy bien.

—Ademas, tenia una vaca, ¡pobre animal! el pícaro Jacopo me la ha comido!
 —Adelante.
 —Tenia unos cuantos carneros; Jacopo se los comió antes que la vaca.
 —Perfectísimamente.
 —Por último, continuó Zanetto con tono desolado, desde que su cuadrilla ocupa esta parte de la montaña, el camino se halla casi desierto; los viajeros prefieren dar un gran ro-



La capa.

deo, para evitar los pasos peligrosos; ya ven vuestras señorías si habrá perdido mi posada.
 —Leporello, dijo el hombre gordo, bueno seria apuntar todo esto.
 —Mi tintero se ha quedado colgado del arzon de la silla, respondió Leporello.
 —Podeis ir á buscarle.
 —Voy al punto.
 El secretario salió precipitadamente.
 —¡Dios mio! Dios mio! exclamó el posadero, ¿por qué vuestras mercedes quieren tomar nota de lo que digo?
 —Porque estamos encargados de formar una causa sobre los crímenes del bandido, contestó Badolfo, y despues de recibir todas las noticias que podais darnos, iremos á buscar otras en las habitaciones de la montaña.
 —¡Ah! ah! dijo Zanetto.
 —¿Podeis procurarnos un guia?
 —Yo mismo.
 —Eso es mejor aun.
 En este momento Leporello entró en el comedor con los administrulos para escribir.
 —¿Os habeis encontrado alguna vez frente á frente con el bandido?
 —¡Ay, si! desgraciadamente.

—¿Muchas veces?
 —Solo dos.
 —¿Y no os ha sucedido nada?
 —Jacopo sabe que soy pobre, y no me ha hecho daño.
 —¿Y le reconoceriais si le encontráseis ahora?
 —Al instante.
 —¿Qué señas tiene?
 —¡Dios mio! no pensé en tomárselas.
 —Pero en fin...
 —Me parece que era de mi estatura poco mas ó menos.
 —¿Y su rostro?
 —Me pareció negro como la tinta.
 —¿Estaba solo?
 —Sí.
 —¿Y llevabais armas?
 —Mi carabina.
 —¿Cómo no hicisteis fuego contra él para libertar al país de tal azote? ¡Buen tiro habria sido, sin contar vuestro provecho, pues ya sabeis que su cabeza está tasada en cien escudos de oro.
 —¡Hacer fuego contra Jacopo! ¡Santa María! ¡esclamó el posadero, y ¿con qué fin?
 —Con el fin de matarle.
 —Vuestra merced ignora pues que Jacopo es un demonio, y que solo con que hubiera querido amenazarle, me habria hecho dar vueltas en el aire como una pluma, y me habria arrojado de lo alto de los Apeninos al valle, á cuatro leguas de aquí, y aun mas lejos si hubiera querido.
 Badolfo y Giacomo se encogieron de hombros, como quien tiene lástima de la credulidad de un posadero tonto.
 —Pero, dijo Leporello, si ese ladron fuera un demonio, ¿cómo tendria necesidad de robar á los viajeros para vivir?
 Zanetto no aparentó entender toda la lógica de este razonamiento, y repuso al cabo de un instante de silencio:
 —Es todo lo que puedo deciros sobre Jacopo, puesto que no sé mas; pero añado que si lograis librarle de él, hareis un buen servicio á la comarca, y yo por mi parte os colmaré de bendiciones.

IV.

EL LAZO.

En este momento el hombre gordo juzgó que estaba concluido el interrogatorio del posadero, y haciéndole seña de que podia retirarse, dijo á Giacomo:
 —Creo, salvo error, que no haríamos mal, amigo mio, en ir á respirar un poco el aire fresco de la tarde delante de la puerta de la posada. Un paseito facilitará la digestion: ¿qué os parece?
 Como tambien era este el parecer de Giacomo, ambos salieron del comedor y fueron á pasearse sobre la plataforma. Zanetto se habia quedado detrás de ellos.
 En cuanto se quedó solo, dió un silbido particular, y Carlos se presentó al punto.
 Ambos hablaron un instante al oido, y despues el jóven salió por una puerta falsa, y el posadero se fué con los recién llegados.
 El sol se hallaba completamente puesto.
 La noche sucedia de un modo brusco al crepúsculo, é invadía rápidamente el horizonte. En algunos puntos de la llanura se encendian algunas hogueras que parecian reflejar, como el agua serena de un gran lago, las estrellas que brillaban en el cielo. Las grandes masas graníticas que dominaban la casa de Zanetto resaltaban en negro sobre el color azul del firmamento.
 El posadero que hablaba con Badolfo levantó por casualidad los ojos.
 A muchos centenares de piés sobre la plataforma, en la punta de una roca que dominaba el abismo, se dibujaba la silueta de un hombre.
 Este hombre parecia alto, se hallaba de pié y apoyado sobre el cañon de una carabina.
 —¡Allí está! ¡allí está! exclamó Zanetto.
 —¿Quién? preguntaron los hombres de la policia temblando.
 —Jacopo.
 —¿Dónde?

—¡Allí! y el posadero indicaba con el dedo la aparicion.
 —¿Estais seguro?
 —Segurísimo.
 —¿En qué le conoceis?
 —En su estatura, su actitud y su carabina. Ademas, al anochecer se le ve algunas veces en la punta de esa roca, y permanece como le veis horas enteras.
 —Leporello, gritó el hombre gordo, toma la pluma y escribe.



A.T

La capa.

El secretario obedeció, y añadió á lo escrito anteriormente esta frase memorable:
 «Hemos visto al bandido Jacopo en pié sobre el pico de una roca.»
 Algunos instantes despues el hombre de la carabina se habia retirado de su puesto.
 —Me alegre que se haya ido, murmuró Zanetto. Le tengo miedo lo mismo de cerca que de lejos.
 —¡Qué buen dia será aquel en que le ahorquen en la plaza mayor de Vergato! ¿no es verdad, posadero? preguntó Badolfo.
 —Sí, respondió Zanetto, ¡el dia en que le ahorquen! ¿Pero cuándo llegará ese dia?
 —No tardará mucho.
 —Dios lo haga.
 —Supongo que aquí se celebrará como es debido.
 —Ciertamente, replicó Zanetto con un acento extraño, ciertamente que aquí se celebrará el dia en que cuelguen á Jacopo.
 Y añadió dirigiéndose á Gelmosina:
 —¿No es verdad?
 Gelmosina no respondió; pero se puso á tararear la invocacion á la Virgen que cantó al principio de esta historia con su marido.



Fábrica de tinta de imprimir ée Mr. Lawson y Comp.ª de París.

—Nos habeis dicho, repuso Badolfo, que nos serviríais de guía para continuar mañana en la montaña nuestras indagaciones.

- Lo he dicho, y lo repitó.
- Entonces nos despertareis temprano.
- Al amanecer estaré á las órdenes de vuestras mercedes.
- Ahora vamos á dormir, pues el día ha sido bastante cansado. ¿No teméis que Jacopo nos ataque por la noche?
- De ningún modo, respondió el posadero sonriendo.
- En ese caso, buenas noches, hasta mañana.
- Hasta mañana, repitió el posadero.

Al despuntar la aurora, Zanetto despertó á los tres señores de la policía como le estaba encomendado.

El día comenzó por un buen almuerzo.

Los agentes comieron y bebieron en grande, y después se pusieron en camino guiados por el posadero.

Ya habían andado un buen trozo de camino, cuando Vulcano, el perrazo negro de los Abruzzos que conocen ya nuestros lectores, corrió á ellos y se arrojó de patas sobre su amo, ladrando alegremente.

Zanetto le mandó volver á casa.

—¿Por qué no quereis que venga con nosotros? preguntó Badolfo.

—Porque tiene que guardar la posada cuando yo no estoy; y al decir esto se volvió gritando:

—Gemosina, llama á Vulcano y á tale.

Las averiguaciones hechas en las dos ó tres primeras casas que visitaron, no tenían mas importancia é interés que las que suministró el interrogatorio de Zanetto.

Todo el mundo hablaba de Jacopo con un terror supersticioso; pero nadie podía decir ni aproximativamente donde se hallaba su guarida.

Los de la policía estaban algo desanimados.

Zanetto les dió un poco de esperanza, diciéndoles:

—Voy á llevaros á casa de un montañés que últimamente fué robado por el mismo Jacopo; creo que sabrá mas que estos otros que acabais de interrogar; pero para eso es preciso salir del camino y entrar en un senderillo que nos llevará á su habitación al instante.

En efecto, entraron en el senderillo, que tan pronto subía como bajaba, habiendo que trepar barrancos escarpados y puntudas rocas, y pasando por derrumbaderos cuya profundidad no podía medirse sin espanto.

Badolfo sudaba á caños.

La fisonomía de Giacomo manifestaba un mal humor mas compa to aun que de costumbre.

Leporello estaba tan pálido como si los alimentos de su almuerzo se hubiesen cambiado en veneno en su estómago.

De tiempo en tiempo Zanetto decía:

—Ya llegamos.

Pero como no llegaban, esta esperanza, siempre fallida, no tenía sin duda otro objeto que el de animar á los hombres de la policía.

Al pasar junto á un árbol partido por medio, un grajo que había en él echó á volar de repente.

Zanetto armó su carabina, apuntó é hizo fuego. El grajo cayó; el posadero fué á buscarle, y mostró á Badolfo y á Giacomo como su bala le había roto la cabeza.

—¡Buen traidor! exclamó Badolfo; si Jacopo hubiera estado ahí en lugar del grajo, ya habíamos despachado nosotros nuestro cometido. ¿No volvéis á cargar la carabina?

—Sí, sí, respondió Zanetto.

Pero después de echar mano al bolsillo añadió tristemente:

—¡Ay! me he dejado la pólvora en casa!...

Y se echó al hombro la carabina, que ya no era mas que un estorbo.

Después los cuatro siguieron su camino.

Al cabo de unos diez minutos llegaron á una plataforma muy estrecha plantada de abetos seculares y dominada por rocas gigantescas.

Apenas habían llegado á la mitad de esta plataforma, cuando se oyó un silbido, y al mismo tiempo una docena de hombres salieron de detrás de otros tantos árboles y rodearon estrechamente á los cuatro personajes.

—No menearse, dijo uno de los doce; no trateis de resistir, y no se os hará ningún daño.

Los tres hombres de la policía obedecieron inmediatamente á la órden que recibían.

Solo Zanetto forcejeaba entre las manos de los agresores hasta que le ataron.

En cuanto á sus compañeros, como eran mas dóciles, se contentaron con vendarles los ojos.

Cada uno de ellos fué puesto bajo la guarda de dos bandidos que les agarraron del brazo, y el que parecía jefe de la cuadrilla dió la señal de la marcha.

Después de una correría larga y precipitada á pesar del mal camino, se detuvieron los bandidos.

Entonces quitaron el pañuelo á los presos, que pudieron examinar á su gusto el lugar donde los habían dejado.

Era esta una sala abovedada, alta y espaciosa, que parecía cortada en la roca.

Su aspecto no tenía nada de siniestro; las paredes estaban muy limpias; el suelo se hallaba cubierto de menuda arena, y penetraban allí el aire y la luz por anchas aberturas.

En cambio, nada era tan sombrío y feroz como los rostros de los bandidos que estaban en la sala.

—¿Dónde estamos, y qué se nos quiere? preguntó Badolfo con voz quejumbrosa.

El bandido que tenía cierta autoridad sobre los demás respondió:

—Estais en poder de ese Jacopo á quien queríais ahorcar, porque sabemos muy bien quienes sois, y el encargo que traeis por estas montañas. Nos estais formando una causa, señores de policía, y tú, Zanetto, posadero de la Madona, servías de guía á estas buenas gentes. Pero habeis caído en las garras del milano, que va á contaros las plumas de las alas.

—¿Quiéren asesinaros?... balbuceó el gordo, cuya figura escarlata se había puesto verdosa.

—No lo sé, contestó el bandido.

—¿Es el ilustrísimo Jacopo el que nos dispensa el honor de dirigirnos la palabra?

—No, respondió el mismo personaje; no es Jacopo quien os habla...

Y añadió con una sonrisa burlona:

—Pero os oye...

Zanetto continuaba aturdiendo la sala con sus quejas y lamentos.

Invocabá á Dios Padre, á Dios Hijo, á Dios Espíritu Santo, á la bienaventurada Virgen y á todos los santos del calendario.

—¿Pues cuáles son las intenciones que tiene respecto á nosotros vuestro insigne capitán?

—Vais á saberlo.

V.

LA BOLSA Ó LA VIDA.

—Nuestro insigne capitán, como dice muy bien vuestra merced, repuso el bandido, no es un hombre cruel; no hay ejemplo de que haya matado á nadie cuando no estaba en su interés obrar así; ahora bien, no creo que vuestra muerte pueda interesarle...

Badolfo y sus compañeros respiraron.

El orador prosiguió diciendo:

—Al menos, sin embargo, que no os empeñeis en ello; todo dependerá de vosotros.

—¿Qué debemos hacer? exclamó con presteza Badolfo.

—¿Sería tasar demasiado caras vuestras vidas, estimándolas en trescientos escudos de oro, y treinta por la pícara existencia de este mal posadero?

—¡Trescientos escudos de oro! exclamaron á un tiempo Badolfo, Giacomo y Leporello; es mucho, muchísimo.

—Vuestras mercedes no se hacen la debida justicia, repuso irónicamente el bandido. Nosotros que sabemos muy bien apreciar lo que valen, podemos afirmar que no saldrán de aquí vuestras tres personas en menos de trescientos escudos. Nuestro capitán Jacopo no bajará un ochavo.

—Pues bien, dijo Badolfo, dejadnos marchar, y os traeremos el dinero.

El bandido se echó á reír, y luego exclamó:

—¡Por Baco! ¿qué proposición es esa?

—Pero... quiso decir Badolfo.

—Ya conocéis, interrumpió el bandido, que una vez fuera de aquí, no volveríais.

—¿Y nuestra palabra de agentes de policía?

El bandido se echó á reír, y todos sus compañeros le imitaron.

Después añadió con mas seriedad:

—Además, con gentes como vosotros la palabra de honor no vale nada.

—Pero entonces ¿que haremos? preguntó el gordo.

—Nada mas sencillo...

—No comprendo.

—Vais á ver. Ese caballero que está ahí, y el bandido designó á Leporello que temblaba como la hoja en el árbol, lleva encima pluma, tinta y papel, ¡un arsenal completo! Esto es lo que se llama vivir precavidos!... Se trata solo de escribir unos renglones que yo dictaré, y que nosotros enviaremos á su destino.

—Escribe, Leporello dijo Badolfo tristemente.

Giacomo se callaba; parecia de mármol.

El desgraciado secretario obedeció, y el bandido dictó lo siguiente:

«Los que abajo firmamos...»

—Vuestros nombres, señores.

—Pietro Badolfo...

—Giacomo Petrucci...

—Angelo Leporello...

Respondieron las tres víctimas sucesivamente.

—Está bien, continuemos:

«Los que abajo firmamos, Pietro Badolfo, Giacomo Petrucci y Angelo Leporello, suplicamos á vuestras familias y parientes próximos ó lejanos, padres, madres, hermanos, mujeres, niños, tíos, tías, primos y primas de cualquier grado, así como tambien á nuestros amigos verdaderos, si es que los tenemos, que reunan al instante mismo la cantidad de trescientos escudos de oro y la entreguen sin tardanza al dador de esta carta, sin lo cual seremos ahorcados dentro de tres días.

«Y para que conste firmamos y rogamos á Dios que tenga en su santa guarda á todos aquellos que nos ayudaren.»

Leporello repitió la última palabra.

—Ahora, firmad, dijo el bandido.

—Un instante, señores, exclamó Zanetto que hasta entonces no había hablado nada.

—¿Qué quereis?

—Os he oido decir que exigíais por mi rescate treinta escudos de oro.

—Sin duda.

—Todo cuanto poseo no vale esa suma...

—Eso no os importa; si no pagas serás ahorcado.

—Sin duda; pero puesto que he caído en vuestras manos por servir á estos señores, justo es que ellos soporten la pérdida que me ocasionan...

—En efecto, me parece justo, repuso el bandido.

Y dirigiéndose al secretario añadió:

—Tomad la pluma, que hay que poner una postdata...

Y dictó estas palabras:

«Será conveniente añadir treinta escudos de oro á la cantidad de trescientos.»

—¡Oh! exclamó Giacomo.

—¡Yo no firmo! exclamó Badolfo.

El bandido se volvió hácia uno de sus hombres y le dijo:

—Prepara las horcas, ya que se empeñan estos caballeros. Estas palabras produjeron un efecto mágico.

Badolfo cogió la pluma y firmó; Giacomo y Leporello siguieron su ejemplo.

—Ya sabía que seríais razonables, dijo entonces el bandido. Ahora vamos á vendar otra vez los ojos á vuestro digno secretario y al posadero; los llevaremos adonde habeis caído en nuestro poder; se irán á toda prisa á Vergato á buscar el dinero, y como ante todo es preciso ser justos, les daremos tres días para traerlo. En cuanto vuelvan, lo depositarán en

la Roca del Grajo. Tú, Zanetto, que eres de aquí, ya conoces el sitio, y allí se hará el canje entre los presos y los escudos de oro. Ahora poned mucha atención en esto: si no venís solo, si traeis migueletes ó esbirros, si mediáis una traición cualquiera, entonces no solo vuestra venganza os alcanzará en todas partes, sino que además, á la menor sospecha, dos balas de buen calibre saldrán de los cañones de nuestras carabinas en dirección á los cráneos de estos caballeros.

Ya estais advertidos; conque daos prisa.

Los ojos de Zanetto y de Leporello fueron vendados como habían dicho los ladrones, quienes los llevaron hasta el sitio nefasto donde el posadero había descargado su carabina, lo que sin duda había alarmado á los bandidos.

Allí les abandonaron, y en poco tiempo se hallaban de vuelta en la posada de la Madona, donde tomaron las mulas que habían dejado la tarde antes los hombres de la policía.

El que tiene miedo lleva alas.

Aquella misma tarde los dos comisionados estaban en Vergato, y al día siguiente habían reunido los trescientos treinta escudos.

Por último, al tercer día se efectuó el canje convenido en la Roca del Grajo entre los polizontes y los escudos.

—¡Ah demonio! exclamó el gordo cuando se vió libre, no descansaré ni estaré contento hasta que esa maldita cuadrilla quede esterminada, hasta que cuelgen á Jacopo.

—¡Y yo lo mismo! respondió gravemente Zanetto.

VI.

UN HOMBRE CON DOS CARAS.

En los tres días que permanecieron Badolfo y Giacomo con los bandidos, aunque bien vigilados, fueron tratados humanamente.

No carecieron de ruda, y su vida no estuvo amenazada una sola vez, ni con palabras.

No habían podido ver el rostro de Jacopo, á lo menos de aquel Jacopo á quien el rumor público atribuía una apariencia estraña y una cabeza negra y monstruosa.

Su cautiverio, á pesar de su dulzura, y sobre todo el impuesto forzoso y excesivo que habían tenido que sufrir para rescatar sus cuellos de la cuerda, habían exasperado á los hombres de la policía.

Vengarse de Jacopo era ya para ellos un asunto de interés personal, en el que pensaban sin cesar, y del que hablaban á todas las horas del día.

Por la noche soñaban en lo mismo.

Así sucedió que una mañana, ocho días apenas después de su partida, volvieron á la posada de la Madona Badolfo, Giacomo y Leporello.

Pero esta vez no venían solos.

Su imponente escolta se componía de un capitán de policía con treinta migueletes.

El número de soldados bastaba, puesto que Badolfo y su compañero habían podido convencerse de que Jacopo no tenía bajo sus órdenes mas de catorce ó quince bandidos.

Dos horas después de la llegada de la policía y de la tropa, llegaron tambien á la posada de la Madona dos viajeros que acababan de ser robados por Jacopo y su banda en la montaña.

Pero, mas afortunados que Badolfo, habían podido ver á la cabeza de los malhechores el negro rostro del bandido.

—Por la Madona, caballeros, dijo el posadero á los dos hombres de la policía, Dios os bendecirá por la buena idea que habeis tenido de volver aquí con los soldados. La comarca entera os deberá una gratitud sin límites si lograis arrancar de ella á ese demonio con forma humana! Tratad únicamente de cogerle vivo, pues tengo en mi casa un cuartito donde podreis encerrarle con tanta seguridad como si estuviera en el mejor calabozo de una cárcel, lo que os dará tiempo para descansar después de vuestro triunfo.

—¡Ah! exclamó Badolfo.

—Venid á verle, repuso el posadero; quedareis contento.

Zanetto llevó en efecto al ponderado calabozo.

No había exageración en sus elogios: el cuartito era una cuevecilla abovedada, muy oscura, cortada en la roca, y sin mas salida que una puerta sólida y maciza, con buenos cerrojos por dentro.

—Por Baco! no necesitamos mas! exclamó Badolfo regocijado.

—Ya os lo decía.

—Ahora se trata de coger al bandido.

—Sí, esto es lo importante y lo difícil.

—Principiaremos la caza; y para que Jacopo se nos escape deberá ser en efecto el diablo en persona!

—¡Dicen que lo es! murmuró el posadero.

—¡Pues veremos, veremos! repuso el gordo frotándose las manos.

Una hora después de la cena, y en el momento en que principiaba á oscurecer, un guijarro cayó sin saber de donde en la plataforma á los pies de Badolfo.

Este guijarro se hallaba envuelto en una carta. El gordo cogió el papel y leyó lo siguiente:

«Esta vez, señores de la policía, no os quedareis en rehenes, sino que sereis ahorcados.»

»JACOPO.»

La nariz de color de guindilla de Badolfo se puso pálida.

Giacomo pasó del amarillo al verde, y del verde al color de olin.

Leporello se puso á temblar mas fuerte que los moribundos consumidos por la fiebre en las lagunas pontinas.

Sin embargo, poco á poco se serenaron, y no por eso abandonaron su propósito.

Los migueletes, demasiado numerosos para hallar asilo en la posada, armaron tiendas sobre la plataforma.

Sus armas, todas ellas cargadas, fueron depositadas en una pieza interior, por temor de que la humedad de la noche alterase la pólvora de los cebos.

Zanetto se encargó de guardar este cuarto.

Al día siguiente, como lo había dicho Badolfo, principió la caza.

La tropa hizo una batida general por la montaña, que desgraciadamente no produjo al principio ningun resultado.

No se halló la huella de los bandidos, y ni aun siguió ra se pudo tropezar con la caverna donde habian estado los hombres de la policia.

A eso de las doce hicieron alto para que los migueletes pudieran descansar y tomar un poco de alimento.

El sitio elegido fué precisamente aquella plataforma rodeada de rocas donde la gente de policia habia sido sorprendida por los ladrones.

Pero esta vez todas las precauciones se habian tomado; nadie habia dejado el mosqueton, y centinelas con el arma al brazo guardaban á los compañeros que dormian.

Sin embargo, esto no impidió que en un momento dado saliesen como una procesion de fantasmas de detrás de los árboles los hombres de Jacopo y el mismo Jacopo, á quien se conocia por el rostro negro como una tinta.

Los migueletes se lanzaron á las armas.

—¡Rendíos! dijo Jacopo con voz serena; entregadnos á los señores Badolfo, Giacomo y Leporillo, y no solo no se os hará daño ninguno, sino que podreis retiraros inmediatamente donde os dé la gana.

—¡Fuego! gritó el capitán.

Treinta tiros salieron á un tiempo de los mosquetones.

Ninguno de los hombres de Jacopo cayó á tierra.

El mismo Jacopo permaneció de pie, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y el labio desdenoso bajo el mazo sombrío que le cubria.

—¡Fuego! gritó él á su vez.

Los bandidos eran catorce.

Catorce soldados cayeron al suelo.

Los demás, creyendo en una brujeria manifiesta, se disponian á huir, cuando de repente se cambió la escena.

Badolfo acababa de sacar de su pecho una larga pistola que llevaba oculta.

—¡Vamos á ver si eres el demonio! murmuró.

Y descargó su arma sobre Jacopo.

El bandido dió dos vueltas sobre sí mismo, y luego cayó en tierra sin conocimiento.

La bala le habia atravesado un hombro.

Sus hombres, creyéndole muerto, se desbandaron y huyeron por todos lados á través de los matorrales y por medio de las rocas.

—No perdamos un minuto, dijo entonces Badolfo, designando el cuerpo inánime de Jacopo; pronto, volvamos á la posada y llevémosnos con nosotros este cadáver; pues si le dejamos aquí, el maldito resucitará. Seguramente, el diablo estaba en su pellejo, pero nada ha podido protegerle contra la bala de plata bendita con que yo habia cargado mi pistola.

Todos se apresuraron á obedecer las órdenes del gordo.

Ya era casi de noche, cuando la tropa, diezmada pero victoriosa, entró en la posada.

En el camino, Jacopo, bien sacudido por los migueletes que le llevaban en unas angarillas, habia vuelto á recobrar el uso de sus sentidos.

Badolfo quiso interrogarle; pero le fué imposible sacar de él una palabra de respuesta; de modo que hubo que dejar para el otro dia el interrogatorio, y sin tomarse el trabajo de vendarle la herida, le encerraron en la cueva y pusieron á la puerta un piquete de seis hombres.

Badolfo preguntó por el posadero; y Gelmolina dijo que estaba ausente y que volveria muy tarde por la noche.

Badolfo se acostó.

Al dia siguiente abrieron el calabozo.

El preso habia desaparecido, y sin embargo los centinelas no se habian dormido.

Zanetto no habia vuelto aun, y además no se hallaban en la posada ni Gelmolina ni el chico.

Todo esto era muy extraño. Badolfo estaba medio loco de despecho y de cólera; pero sus disgustos no duraron mucho.

A la noche siguiente, la posada de la Madona ardia incendiada por una mano misteriosa, y el techo encendido se desplomaba ahogando bajo las llamas á los tres hombres de la policia.

En cuanto á Jacopo, ó Zanetto si se quiere, pues nuestros lectores han adivinado ya la identidad de estos dos personajes, continuó su vida de bandido, y aumentó mas aun su reputacion terrible.

Diez años después murió por fin en una pelea con los gendarmes del papa.

X. DE M.

LA CAPA.

Acababa de estallar el incendio en Moscou, y el ejército francés habia dado principio á la desastrosa retirada que costó tantos valientes en los áridos desiertos de la Rusia.

La retaguardia, mandada por el mariscal Ney, después de haber llegado, venciendo increíbles dificultades, al pueblo de Kotova, se vió precisada á retroceder, cediendo la posicion á fuerzas rusas diez y seis veces mayores, y buscaba entre las nieves y los hielos un camino que la condujese al Dnieper.

Ney consideró á sus tropas como perdidas en tanto que no atravesasen este rio, pues la única salvacion posible estaba en la opuesta orilla.

Se detuvieron á orillas de otro rio, y entonces dijo el mariscal:

—Es un brazo del que buscamos.

En efecto, media hora después llegaron al Dnieper.

Pero aquel movimiento se operó durante la noche, y la columna del mariscal contaba crecido número de heridos, de mujeres y de niños. D' tenidas por los obstáculos de la marcha, muchas compañías habian perdido la direccion y andaban estraviadas por las desoladas campiñas. Ney, tan humano como intrépido, observó que le faltaba mucha gente, y resolvió diferir el paso del rio, para dar á los rezagados el tiempo necesario, á fin de que se le reuniesen. Hizo pues un descanso de tres horas á orillas del Dnieper.

Una de las compañías estraviadas, mandada por el capitán Delaunay, después de haber errado mucho tiempo á la ventura sin hallar trazas de la retaguardia, se encontró, al salir de

un bosque, enfrente de un castillo, del cual salian grandes columnas de humo y de llamas. Oíase un estrépito horrible y confuso de risotadas y de furiosas exclamaciones, de imprecaciones y de gritos de dolor: en medio del tumulto resonaban palabras francesas, lo cual indicaba un encuentro sangriento y que habia compatriotas en peligro. El capitán Delaunay no vacila un momento; se arroja al frente de su compañía y penetra en el patio del castillo, donde se presenta á su vista un terrible espectáculo.

Veianse estendidos en el suelo doce cadáveres de aldeanos, y acababan de exhalar su último suspiro en una hoguera un hombre y una mujer de edad muy avanzada. Veinte soldados franceses rodeaban á aquellas víctimas, y las insultaban después de haberlas martirizado.

—Ya que ellos han abrazado la gran ciudad de Moscou, que lo paguen. Nuestra represalia es justa: llamas por llamas, y así quedamos en paz.

Indignado Delaunay, quiere desarmar y prender á aquellos desalmados; pero no tarda en reconocer que no ha podido cometerse á sangre fria tan horrible acto de barbarie. Y así era verdad: los culpables apenas podian sostenerse en pie, pues se hallaban embriagados. También observó Delaunay que entre ellos no habia jefe alguno, ni un solo cabo.

De pronto se oyen nuevos gritos y aparece en el patio una jóven como de diez y seis años, perseguida por otros dos soldados, no menos beodos que sus camaradas: divisa al oficial, corre hacia él, y se precipita á sus pies implorando protección. Delaunay la levanta y la tranquiliza; al mismo tiempo las miradas de Catalina se dirigen hácia la hoguera, que humea todavía, y se despiertan dolorosamente sus recuerdos.

—¡Madre mia!... ¡Padre mio! esclama con desgarrador acento.

Y demasiado débil para resistir tan violentas conmociones, cae sin sentido á los pies del capitán.

El dia comenzaba á despuntar, y Delaunay conoció que no debia perder momento para ponerse en marcha, so pena de perder las esperanzas de reunirse á la retaguardia.

Pero dejar á Catalina en tan cruel situacion y en aquella morada habitada únicamente por cadáveres, era condenarla á una muerte segura: al verla tan jóven, tan bella y tan desgraciada, no pudo menos de compadecerse, y dijo enternecido:

—No; no te abandonaré, pobre huérfana; á un francés corresponde hacer las veces del padre que han asesinado los franceses; desde este instante te adopto por hija mia.

Hizo una seña á dos soldados, quienes levantaron á la jóven rusa y la llevaron á un furgon, donde á fuerza de cuidados recobró por fin el conocimiento. Delaunay se colocó á su lado y dió la orden de partir.

Una hora después se reunió á la columna de Ney, con la cual pasó el Dnieper por un sitio en que los hielos amontonados en crecido número habian formado una especie de puente.

De cinco mil hombres que tenia la retaguardia antes de efectuar el paso, solo le quedaban en la otra orilla mil y quinientos: los demás se habian ahogado ó perdido: ni un cañon se habia salvado, y casi todos los bagajes quedaban abandonados á merced del enemigo.

El capitán Delaunay no habia perdido un instante de vista el furgon que conducia á Catalina, y se consideró feliz cuando lo vió llegar sano y salvo al otro lado del Dnieper. Desconsolábase sin embargo el no tener un abrigo para resguardar del frio á su protegida, cuyos padecimientos revelaban sus profundos gemidos que no podia disimular. Ella entendia y hablaba el francés, y Delaunay procuraba consolarla, inspirándole valor, aunque interiormente se desesperaba, por verse reducido á la necesidad de aliviar únicamente con palabras la suerte de aquella desventurada criatura.

La columna caminó dos dias sin encontrar apenas los viveres precisos en las aldeas que atravesaba en su marcha, al mismo tiempo que tenia precision de hacer cara continuamente á seis mil cosacos que le incomodaban sin cesar por los flancos.

Desapareció por fin el enemigo, y el mariscal, mas tranquilo, penetró durante la noche en un espesísimo bosque, por el cual se veian forzadas las tropas á andar á tientas. De pronto se ilumina el bosque, truena el cañon, y las balas desbacen la primera fila: un terror pánico embarga á la columna fatigada por tantos trabajos; se creen los franceses cortados; los mas avanzados retroceden llenos de espanto y comunican el desorden á los que siguen; se pronuncia la confusion en todas las filas y la derrota parece completa.

Ney hizo tocar el paso de ataque por una de aquellas inspiraciones que nunca le faltaron en los momentos de peligro, y en cinco minutos cambió la faz de las cosas.

—Camaradas, gritó lanzándose al frente como un rayo, hé aquí el instante apeteccido; ya son nuestros; avancemos, y fuego en ellos.

(Continuará.)

ANTÍTESIS.

Para vivir sin sociedad, dice Aristóteles, es necesario ser un Dios ó una fiera.

Decia Phocio á Antipatro: no puedo ser á un mismo tiempo tu amigo y tu adulator.

La juventud vive de esperanzas, y la vejez de recuerdos.

Hablándole Agis de los que le tenían envidia, decia: «Padececerán por los males que les acometen y por los bienes de que yo gozo.»

LAS TRES REINAS.

CAPITULO V.

Al dia siguiente, después de una noche de insomnio y de agitacion angustiosa, buscaba Juana en sus piadosos ejercicios la calma y el sosiego que le eran tan necesarios para dar vado á las graves dificultades de su situacion, cuando se le presentó el duque de Suffolk, y pintándole el estado de los negocios con los mas sombríos colores, la instó vivamente á que abdicase. Pero lord Guilford Dudley, que se hallaba presente, y que habia heredado todo el orgullo y la ambicion de su padre, se apresuró á pronunciarse

contra lo que llamaba pusilanimidad de Suffolk, y la reina, vencida por la ternura que profesaba á su esposo, desechó los prudentes consejos de su padre.

Los principales magistrados de la ciudad, presididos por el lord corregidor, acudieron á la invitacion de Juana, y los individuos del Consejo privado, que no habian sido arrestados el dia anterior, se reunieron en el lugar de sus sesiones. No bien se sentó la reina en su trono, cuando entraron los representantes de la ciudad y ocuparon sus puestos, despues de saludarla friamente. Levantóse Juana en seguida y les habló así:

—Os he llamado para tomar, de acuerdo con vosotros, medidas eficaces á fin de reprimir esos desórdenes, esas turbulencias, esos actos de rebelion, que amenazan mi persona y mi poder soberano. Soy aquí, sin la menor duda, vuestra legítima reina, pues todos habeis prestado juramento de obediencia: llena por lo mismo de confianza, y segura de vuestra fidelidad, os pido ayuda en tan difíciles circunstancias. Un largo y siniestro murmullo circuló por la asamblea.

—¡Cómo! exclamó la reina conmovida, ¿me abandonais en la hora del peligro? ¿Os negais á secundar mis esfuerzos?

—Sí, contestaron por todas partes.

—¡Traidores! gritó lord Dudley; acabais de pronunciar vuestra sentencia.

—No por cierto, milord, repuso Simon Renard, vos sois quien os condenais. Milady Juana Dudley, añadió con terrible acento, vos que habeis usurpado el título y las funciones de reina, sabed que aquí mismo, en vuestra presencia, proclamo como soberana de Inglaterra y de Irlanda á la princesa María, hermana de Eduardo VI ó hija de Enrique VIII, de ilustre memoria.

—¡Viva la reina María!

Tal fué la aclamacion que resonó por todos los ángulos de la sala.

Algunos disidentes quisieron protestar; pero lord Pembroke exasperado desenvainó la espada y exclamó arrojando al aire su sombrero:

—Juro por el cielo atravesar de parte á parte á que no salude, como nosotros, el advenimiento de la reina María.

—Escuchad, repuso Simon Renard: declaro solememente que toda resistencia sería inútil; además, ofrezco en nombre de la reina María indulto pleno á cuantos reconozcan libremente su autoridad, á escepcion de la familia del duque de Northumberland, que es culpable de alta traicion, y cuya cabeza se ha puesto á precio. Milord Suffolk, requiero á vuestra Gracia que haga entrega de las llaves de la Torre de Londres.

—Ahí estan, contestó el duque, haciendo seña á un ugiar para que las dejase sobre la mesa.

—¡Cómo así, milord! le dijo Dudley. ¿Obedeceis semejante orden?

—Es de todo punto inútil prolongar la resistencia, respondió Suffolk; todo está perdido.

—Sí; todo está perdido; repitió Juana. Señores, de jo mi soberania entre vuestras manos; sed mas fieles á María que lo habeis sido á mi persona. Guilford, por ser demasiado condescendiente con vos, he violentado mis inclinaciones y cometido una gran falta propiamente hablando; no ha sido Juana Grey la que se ha apoderado del poder; pero ella es la que lo renuncia. Abdico con placer por espian un crimen ajeno, suponiendo que ese crimen pueda ser espionado por mi resignacion y por mi adhesion sincera al triunfo de mi antagonista.

—No, Juana, no abdicareis, gritó Dudley furioso, porque no lo permitiré. Unanse á mí y rodeen el trono los partidarios de la reina Juana... mueran los perjuros...

Nadie se movió.

—Responded, siguió diciendo lleno de rabia. ¿Sois todos traidores? ¿Nadie se acuerda aquí de sus juramentos?

Ni una sola voz le contestó.

—No son traidores, milord, observó friamente Simon Renard; son fieles súbditos de la reina María.

—Es cierto, repuso Juana: mi padre tiene razon al asegurar que es inútil resistir por mas tiempo; ya no soy reina.

Y al pronunciar estas palabras bajó del trono y dijo en seguida:

—Señores, ahora sois aquí los amos. ¿Se me permite que me retire?

—Sí, noble señora, contestó Pembroke; pero siento deciros que debéis permanecer en la Torre de Londres, hasta que sepamos la voluntad de nuestra soberana.

—¡Presal! murmuró Juana temblando... ¿Podrá acompañarme mi esposo?

—Imposible! dijo bruscamente Simon Renard: lord Dudley debe ser encerrado aparte.

—¡Ah! No seréis tan crueles...

—No intercedais por mí, Juana, porque no aceptaría de ese hombre el mas insignificante beneficio.

—Guardias, gritó Renard, os intimo en nombre de la reina María que prendais á lord Guillermo Dudley.

Al punto se ejecutó esta orden, y después de una tristísima despedida, se retiró Juana á su estancia, escoltada tambien por soldados.

En seguida dispuso el consejo que el conde de Arundel saliese con un cuerpo respetable de tropas para llevar á efecto la prision del duque de Northumberland.

—¡Ahí teneis un buen muchacho, que os podrá ser útil, dijo Renard al conde señalando á Gilberto, que se hallaba entre los de su comitiva. ¿Me has oido, jóven? Ya has dado pruebas inequívocas de tu adhesion á la reina María; procura ahora merecer, prendiendo al duque, una renta de mil libras y la condicion de escudero. Ahora, señores, pensemos en la proclamacion.

El consejo pleno salió de la Torre de Londres, y dirigiéndose á Cheapside, quedó proclamada María por reina de Inglaterra, de Franca y de Irlanda, entre el tumulto de un concurso inmenso.

«Fué una fiesta magnífica, escribia un testigo ocular de ella. Jamás habia visto otra semejante, ni creo que haya existido, segun me aseguran muchos. Se han tirado al aire tantos sombreros, que la luz del sol ha quedado por algunos instantes oscurecida. De las ventanas caian torrentes de verdadera moneda, y el conde de Pembroke la arrojaba á sacos llenos sobre la multitud.»

Terminada la proclamacion, pasó el consejo á San Pablo en donde se entonó un solemne *Te Deum*. Hubo en todo esto,

de notable, que el duque de Suffolk, el mismo padre de Juana, proclamó desde lo alto de la Torre de Londres el advenimiento de Maria.

Juana velaba todavía á media noche. Triste, pero tranquila y resignada, habia elevado su pensamiento al cielo para no medir el abismo que acababa de abrirse á sus piés. De pronto se apareció ante sus ojos Gunnor Braose, que se habia introducido por la puerta secreta, y la dijo:

—Vengo á salvaros.
—No deseo la libertad, respondió Juana, y no confiaré mi persona á la proteccion de nadie en el mundo. Permaneceré aquí hasta que mi prima Maria haga su entrada en la Torre de Londres: despues... sucederá lo que ella disponga.

—No conteis con su gracia, ni os espongaís al primer movimiento de la cólera de esa mujer vengativa. Maria posee, como su padre, un corazon inexorable, y si la aguardais aquí, sereis victima de su resentimiento. No rehuséis por lo mismo, noble señora, el medio de salvacion que os ofrezco, porque trascurridas algunas horas, ya será tarde.

—¿Y cómo he de salir de la fortaleza?
—Seguidme; lo demás me toca á mí.

—¿Ah! ¿Y mi esposo?
—No penseis en él, pues desertó cobardemente en los momentos de verdadero peligro; dejad que perezca en compañía de su infame padre.

—Vete, mujer, vete, porque no quiero seguirte.
—¿Ah! Perdon, perdon, noble señora!... Escuchadme: por grande que sea mi odio á la familia de Northumberland, consiento en perdonar al hijo por vos: sí... le salvaré tambien de la muerte, os lo juro. Pero venid, venid; salgamos de la Torre de Londres y apresurémonos á llegar á Sion-House: lord Dudley se reunirá con vos antes que amanezca; de modo que antes que se eche de ver vuestra fuga, podreis procuraros un retiro seguro.

—¿Hareis lo que decís, ó prometéis mas que lo que podeis hacer?

—Cumpliré lo que ofrezco, por la memoria sagrada de mi querido hijo Seymour, duque de Somerset.

—Vamos pues, dijo Juana.
Gunnor la condujo á Sion-House y la entregó á algunos fieles servidores con quienes podia contar.

III.

La vieja Gunnor Braose fué fiel á su palabra, pues antes que despuntase el dia se hallaba Dudley en los brazos de su esposa.

—¿Ah querido lord! le dijo Juana estrechándole contra su corazon. ¿Por qué hemos abandonado este sitio apacible? ¿Por qué nos ha alucinado el brillo de una corona?

—¿Oh! Todavía no he perdido las esperanzas, respondió lord Guilford, pues nuestros negocios pueden tal vez restablecerse.

—Imposible! repuso Juana con acento firme; y nunca me aprovecharé de la menor conyuntura favorable que se me presente. Aun cuando de nuevo me ofreciesen la corona; aunque supiera que la habia de conservar durante mi vida, me negaría á admitirla. Dudley, los sueños de mi ambicion se han disipado, y siento profundamente la falta que he cometido.

—Sea en buen hora, reina mia, pues todavía quiero llamaros así. Con todo, por poco que mi padre se sostenga, iré á buscarle, y haremos de consuno un esfuerzo para ganar la partida, aunque peligre nuestra existencia.

—Vuestra ambicion os llevará al cadalso, y me arrastrará á él con vos. No hemos sabido conservar el poder cuando nos pertenecía ¿y queremos reconquistarlo ahora?

—El poder no ha huido de nosotros, no; no puedo creerlo, ni lo creeré hasta que mi padre me lo escriba de su propio puño. ¡Oh! No le conocéis... Con cinco mil hombres, con la mitad de este número triunfará de todos nuestros enemigos. Todavía le volveremos á ver dueño absoluto de la Torre de Londres y de esa ciudad rebelde, y entonces caminarán al cadalso los Renard, os Pembroke y los Arundel: ante ese espectáculo perdonaré á la fortuna la ingratitud con que ahora nos trata.

—Perdone el cielo á esos traidores como yo les perdono: temo sin embargo que su animosidad nos empuje hácia ese suplicio á que acabais de condenarles.

—Juana, no es este el momento de las recriminaciones; pero si no hubiérais concedido vuestra confianza á ese miserable Renard; si no hubiérais escuchado sus perniciosos consejos; si hubiérais consentido en dividir conmigo el poder supremo; si por último, no hubiérais obligado á mi padre á que se pusiese al frente del ejército contra Maria, otra suerte nos halagaría hoy: seriais reina, y yo tambien sería rey.

—Merezco vuestras reconvenções, Dudley, y por amargas que parezcan, mucho mas lo son las que yo me dirijo: sin embargo, aun cuando hubiese accedido á vuestros deseos, elevándoos al solio; aunque hubiese desechado los consejos y las malas artes de Renard; aunque no me hubiesen engañado sus cómplices Arundel y Pembroke; aunque vuestro padre hubiera permanecido á mi lado en la Torre de Londres... mi reinado no por eso hubiera sido de mas larga duracion.



Las tres reinas.

—No os comprendo, señora.
—Voy á hacer que me comprendais; porque ¿á qué conduce ahora el disimulo? Vuestro padre aspiraba á sentarse en el trono, y me habia destinado únicamente á que le facilitase el camino, contando con desembarazarse de mí en la primera ocasion favorable.



Las tres reinas.

—¿Juana! exclamó Guilford sorprendido é irritado.

—No os incomodeis, mi querido Dudley, repuso Juana, pues no os he hecho esas revelaciones para incomodaros. ¡Ah! Bastante desgraciados somos ya, sin que tratemos de acumular sobre nuestras cabezas nuevos motivos de afliccion. Os he dicho eso para reconciliaros con vuestra suerte, para comprimir los movimientos de ambicion que agitan á vuestro alma, para disuadiros, en una palabra, de arriesgar con el duque una tentativa desesperada, que solo serviria para precipitar infaliblemente vuestra perdicion.

—Pero, señora, habeis fulminado contra él una acusacion tan grave, que yo, como hijo suyo, estoy en el deber de defenderle y desvanecer vuestro error.

—Dudley, tengo pruebas de que vuestro padre envenenó al rey Eduardo; tengo pruebas de que su intencion era envenenarme como á él.

—Esa es una calumnia infame... No debeis creerla, Juana: los cobardes enemigos de mi padre...

—Guilford, os he dicho que tengo pruebas...
—Sí, urdidas por los traidores.

—Pongo al cielo por testigo de que lo que os he dicho es verdad.

—Probadlo; habeis acusado á mi padre.

—No puedo.

—¿Quién lo impide?

—Mi actual situacion.

—¿Cómo así!

—¿Ignorais que estoy aquí por haberme fugado de la Torre? ¿Qué pruebas quereis que haya podido traer conmigo?

—Ninguna, porque no existen.

—Defendeis á vuestro padre, y no extrañais vuestros arrebatos. Tal vez algun dia...

—¿Alerta! gritó la vieja Gunnor entrando precipitadamente con el terror retratado en su rostro.

—¿Qué ocurre?...

—No bien habiais puesto el pié fuera de la fortaleza, milord, cuando supe que Simon Renard, prestando que los partidarios de lady Juana pudieran empeñar un lance para libertarla de la muerte, habia persuadido al consejo privado de la conveniencia de pesquisar muchas veces durante la noche el lugar de su encierro y aun el vuestro, escitándole á que comenzase á poner inmediatamente en ejecucion dicha medida. He conocido desde luego, noble señora, que vuestra evasion iba á descubrirse, y que desde luego os buscarian en este sitio, por lo que me he apresurado á pasar el Támesis para venir á daros tan triste como importante aviso. Salvaos

pues sin tardanza, porque tal vez vuestros perseguidores estarán ya en camino y pueden llegar de un momento á otro á Sion-House. Salvaos, por el cielo! No os detengais á elegir un retiro seguro: cualquiera es bueno al presente, pues solo se trata de huir de aquí. Vamos, ¿qué haceis? Los instantes son preciosos. Apresuraos.

—Es inútil, respondió Juana con heróica tranquilidad: les espero y me someto humildemente á los altos decretos del Todopoderoso. Os aconsejo, lord Guilford, que os resigneis, como yo, á vuestra suerte.

—¿Lo creéis así, señora? replicó Dudley. ¡A caballo! A caballo! y volemos hácia Cambridge, donde á estas horas debe hallarse el ejército de mi padre.

—¿Vuestro padre! murmuró Gunnor.

—¿Qué quieres decir, mensajera infernal?

—Vuestro padre está preso.

—¿Preso!

—Desde ayer. Fué cogido en su alojamiento por mi nieto Gilberto Pot, que ha recibido en recompensa mil libras de renta, y el título de escudero. En seguida se entregó el duque al conde de Arundel, revelando en semejante circunstancia tanta bajeza de alma, como orgullo habia mostrado hasta entonces. No bien se presentó el conde, cuando el activo Northumberland se arrojó cobardemente á sus piés y le suplicó que le amparase por el amor de Dios. «Considerad, le dijo, que todo cuanto he hecho ha sido por órden expresa del consejo privado, del cual formais parte.» El conde de Arundel le contestó: «Me envia la verdadera reina de Inglaterra y os prendo en su nombre.» «No trato de resistir, milord, repuso el duque; lo único que os pido es que seais indulgente conmigo, ya que sabeis perfectamente cuanto ha ocurrido.» «Milord, replicó Arundel, os habeis sometido demasiado tarde; por mi parte, debo obrar segun se me ha prevenido: sois mi prisionero.» Tal es el tenor del parte que ha llegado á la Torre de Londres; hé ahí el último rasgo de la vida del gran Northumberland: pronto veremos cómo ese campeon se porta en el cadalso.

—Retírate, furia, exclamó Juana fuera de sí; no insultes por mas tiempo nuestra miseria.

—¿Qué injusticia, milady! ¿Podeis poner en duda mi adhesion?

—Creo firmemente en tu crueldad.

—¿Y qué! ¿No se concibe mi odio?

—El odio nunca se concibe. Apartate de mi vista.

—¿Ah! Desesperais á la pobre Gunnor.

Oyóse en esto gran estrépito, y en un punto se llenó la casa de tropas. Levantóse Juana, se acercó al oficial de la fuerza armada, y le dijo con frialdad:

—Ya sé el objeto de vuestra visita, y estoy pronta á seguiros.

—Sí, sí, marchemos, gritó Guilford con desesperado acento.

(Continuará.)

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.